

terios de algún drama de familia. De tiempo en tiempo parece como que sacude su aire melancólico; pero luego inclina su cabecita como bajo el peso de una falta desconocida, y contempla tristemente su hermoso cuello blanco manchado de púrpura.

¿Es qué tal vez un esposo engañado ha querido vengar su honor, desgarrando el pecho de su compañera con su celoso pico? ¿No es verdad que parece como que su falta y su castigo estén por siempre marcados en esta purpúrea mancha, imborrable como la de Lady Macbeth, y que toda el agua de la balsa sería incapáz de lavar?

Las otras palomas tienen el aire de desdenarla y hasta de huir de ella, como si esta encantadora mancha fuese un verdadero estigma de reprobación. Pero el gentil *nicobar*, que sabe los puntos que calza la virtud de aquellas esquivas compañeras, contempla tiernamente, á través del débil enrejado que les separa, á la paloma *alanceada* y parece decir á las otras: "¡ Que aquella de vosotras que esté limpia de pecado, le arroje... el primer grano de mijo! „

La verdad es que uno se pregunta, en qué carmín misterioso la naturaleza ha mojado su pincel para marcar con indeleble señal la imaginaria herida de la paloma *alanceada*.

* * *

Esta mancha de sangre no podía dejar de excitar la viva imaginación de los indígenas. Y hé aquí cómo el indio tan amante de lo maravilloso, lo explica:

Paseándose un día sobre la tierra el dios Pikonba, encontróse en presencia de la bella Avaë, adormecida debajo de unas palmeras. Admirarla, amarla y llevársela, fué obra de un instante. Transportada sobre rosada nube á un olimpo de plata y oro, la jóven Avaë no tardó en echar de menos á un su enamorado doncel gran cazador de gacelas. Pikonba tuvo sospechas y pretextó un viaje á la luna donde le llamaba un asunto urgente de gobierno. El pretexto era una verdadera celada. Apenas Pikonba había desaparecido en dirección aparente de la luna, cuando Avaë descendió sobre la tierra, donde su amante cazador la recibió más enamorado que nunca con los brazos abiertos. En ellos la sorprendió el celoso

Pikonba quien, furioso, la hirió en el seno con su lanza. La sangre brotó en seguida en abundancia. Avaë iba á morir irremediamente; pero compadeciéndose de ella de súbito, Pikonba transformó á la infiel en paloma. Su negra cabellera quedó convertida en blanco plumaje; sus brazos trocáronse en alas y su cuello de pájaro guardó para siempre las huellas imborrables de la sangre que se escapó de su garganta de mujer.

Y es después de este drama de amor, que una mancha roja, indeleble, eterna, empupura el blanco y nítido cuello de la paloma *alanceada*.

ARTURO VINARDELL ROIG

París, Febrero, 1902.



COSAS MÍAS

Caminando por el mundo,
siempre en rudo batallar,
un sabio — ¡sabio profundo! —
me enseñó un día á olvidar.

Mira tu, mi Encarnación,
si buen discípulo fui
que á la primera lección...
¡olvidé lo que aprendí!

* * *

Las penas, niña, son nubes
que se forman en el alma,
nublan de la dicha el cielo
y se deshacen en lágrimas.

Por eso habrás observado
cuando lloras, niña amada,
que de esas nubes fatídicas
siempre se despeja el alma.

* * *

La vida es un calvario:
la cruz primera
es la cruz que del cuello
del niño cuelgan,
y la cruz última
la que sus brazos tiende
sobre la tumba.

* * *